

Bram Stoker

El Huésped de
Drácula



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL HUÉSPED DE DRÁCULA

BRAM STOKER

PUBLICADO: 1914
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL HUÉSPED DE DRÁCULA

BRAM STOKER

Cuando emprendimos nuestro viaje, el sol brillaba con fuerza en Múnich y el aire estaba lleno de la alegría del comienzo del verano. Justo cuando estábamos a punto de partir, Herr Delbruck (el maitre del hotel Quatre Saisons, donde me hospedaba) bajó con la cabeza descubierta al carruaje y, tras desearme un buen viaje, le dijo al cochero, todavía con la mano en el pomo de la puerta del carruaje: "Recuerde que debe volver al anochecer. El cielo se ve brillante, pero hay un escalofrío del viento del norte que indica que puede haber una tormenta repentina. Pero estoy seguro de que no llegarás tarde". Aquí sonrió y añadió: "porque ya sabes qué noche es".

Johann respondió con un enfático: "Ja, mein Herr", y, tocándose el sombrero, se alejó rápidamente. Cuando ya habíamos pasado por el pueblo, le dije, después de indicarle que se detuviera:

"Dime, Johann, ¿qué pasa esta noche?"

Se persignó, mientras respondía lacónicamente: "Walpurgis nacht". Entonces sacó su reloj, una gran y anticuada pieza de plata alemana tan grande como un nabo y lo miró, con las cejas juntas y un pequeño encogimiento de hombros impaciente. Me di cuenta de que era su forma de protestar respetuosamente contra el innecesario retraso y me hundí en el carruaje, limitándome a indicarle que continuara. Se puso en marcha rápidamente, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. De vez en cuando los caballos

parecían levantar la cabeza y olfatear el aire con desconfianza. En tales ocasiones, a menudo miraba a mi alrededor alarmado. El camino era bastante sombrío, ya que atravesábamos una especie de meseta elevada barrida por el viento. A medida que avanzábamos, vi un camino que parecía poco utilizado y que parecía sumergirse en un pequeño y sinuoso valle. Parecía tan tentador que, aun a riesgo de ofenderlo, llamé a Johann para que se detuviera, y cuando se detuvo, le dije que me gustaría conducir por ese camino. Puso todo tipo de excusas y se persignó con frecuencia mientras hablaba. Esto despertó mi curiosidad, así que le hice varias preguntas. Me contestó de forma vacilante y miró repetidamente su reloj en señal de protesta.

Finalmente le dije: "Bueno, Johann, quiero ir por este camino. No te pediré que vengas si no te gusta; pero dime por qué no te gusta ir, es todo lo que te pido". Por respuesta, le pareció arrojarle de la cabina, tan rápido que llegó al suelo. Entonces extendió sus manos hacia mí, suplicándome que no me fuera. Había suficiente inglés mezclado con el alemán para que yo entendiera el sentido de su conversación. Parecía estar siempre a punto de decirme algo, cuya sola idea evidentemente le asustaba; pero cada vez se levantaba diciendo: "¡Walpurgis nacht!".

Intenté discutir con él, pero era difícil discutir con un hombre cuando no conocía su idioma. Sin duda, la ventaja la tenía él, pues aunque empezó a hablar en inglés, de forma muy tosca y entrecortada, siempre se excitaba e irrumpía en su lengua materna, y cada vez que lo hacía, miraba su reloj. Entonces los caballos se inquietaron y olfatearon el aire. Al oír esto, se puso muy pálido y, mirando a su alrededor de forma asustada, saltó de repente hacia delante, los cogió por las bridas y los condujo unos seis metros. Le seguí y le pregunté por qué lo había hecho. Como respuesta, se persignó, señaló el lugar que habíamos dejado y dirigió su carruaje en dirección al otro camino, indicando una cruz, y dijo, primero en alemán y luego en inglés: "Enterrado, lo que se mató".

Recordé la antigua costumbre de enterrar a los suicidas en los cruces: "¡Ah! Ya veo, un suicida. Qué interesante!" Pero por mi vida no pude entender por qué los caballos se asustaron.

Mientras hablábamos, oímos una especie de sonido entre un aullido y un ladrido. Estaba lejos, pero los caballos se pusieron muy inquietos y Johann tardó mucho tiempo en calmarlos. Estaba pálido y dijo: "Parece que es un lobo, pero ahora no hay lobos aquí".

"¿No?" dije, interrogándolo. "¿No hace mucho tiempo que los lobos están tan cerca de la ciudad?"

"Mucho, mucho", respondió, "en primavera y verano; pero con la nieve los lobos no han estado aquí tanto tiempo".

Mientras acariciaba a los caballos y trataba de tranquilizarlos, unas nubes oscuras surcaron rápidamente el cielo. La luz del sol desapareció, y un soplo de viento frío pareció pasar sobre nosotros. Sin embargo, fue sólo un soplo, y más una advertencia que un hecho, pues el sol volvió a salir con fuerza.

Johann miró bajo su mano levantada el horizonte y dijo: "La tormenta de nieve, viene antes de tiempo". Luego volvió a mirar su reloj y, en seguida, sujetando las riendas con firmeza -pues los caballos seguían manoseando el suelo con inquietud y sacudiendo la cabeza-, subió a su caja como si hubiera llegado la hora de proseguir nuestro viaje.

Me sentí un poco obstinado y no subí de inmediato al carruaje.

"Hábleme", le dije, "de este lugar al que conduce el camino", y señalé hacia abajo.

De nuevo se persignó y murmuró una oración antes de responder: "Es impío".

"¿Qué es impío?" pregunté.

"El pueblo".

"Entonces, ¿hay un pueblo?"

"No, no. Nadie vive allí desde hace cientos de años".

Me picó la curiosidad: "Pero dijiste que había una aldea".

"Lo hubo".

"¿Dónde está ahora?"

A continuación, se desahogó en una larga historia en alemán e inglés, tan mezclada que no pude entender exactamente lo que decía. A grandes rasgos, deduje que hace mucho tiempo, cientos de años, los hombres habían muerto allí y habían sido enterrados en sus tumbas; pero se oían sonidos bajo la arcilla, y cuando se abrían las tumbas, se encontraban hombres y mujeres sonrosados por la

vida y con la boca roja por la sangre. Y así, apurados por salvar sus vidas (¡sí, y sus almas! -y aquí se persignó-) los que quedaban huyeron a otros lugares, donde los vivos vivían y los muertos no eran nada. Evidentemente, tenía miedo de pronunciar las últimas palabras. A medida que avanzaba en su narración, se iba excitando cada vez más. Parecía que su imaginación se había apoderado de él, y terminó en un perfecto paroxismo de miedo: con la cara blanca, sudando, temblando y mirando a su alrededor como si esperara que alguna presencia espantosa se manifestara allí, bajo el brillante sol de la llanura abierta.

Finalmente, en una agonía de desesperación, gritó: "¡Walpurgis nacht!" y me señaló el carruaje para que subiera.

Toda mi sangre inglesa se elevó ante esto, y retrocediendo le dije: "Tienes miedo, Johann, tienes miedo. Vete a casa, volveré solo, el paseo me hará bien". La puerta del carruaje estaba abierta. Tomé del asiento mi bastón de roble -que siempre llevo en mis excursiones de vacaciones- y cerré la puerta, señalando hacia Múnich, y dije: "Vete a casa, Johann: la noche de Walpurgis no concierne a los ingleses".

Los caballos estaban ahora más intranquilos que nunca, y Johann trataba de contenerlos, mientras me imploraba excitado que no hiciera ninguna tontería. Me compadecí del pobre hombre, pues estaba muy serio; pero, al mismo tiempo, no pude evitar reírme. Su inglés había desaparecido por completo. En su ansiedad había olvidado que su único medio para hacerme entender era hablar en mi idioma, así que parloteaba en su alemán nativo. Comenzó a ser un poco tedioso. Después de dar la dirección, "¡A casa!" me di la vuelta para bajar por el camino transversal hacia el valle.

Con un gesto desesperado, Johann hizo girar sus caballos hacia Múnich. Me apoyé en mi bastón y miré tras él. Avanzó lentamente por el camino durante un rato, y luego apareció por la cresta de la colina un hombre alto y delgado. Podía ver mucho en la distancia. Cuando se acercó a los caballos, éstos empezaron a saltar y a patalear, y luego a gritar de terror. Johann no pudo contenerlos; salieron disparados por el camino, huyendo enloquecidos. Los vi perderse de vista, y luego busqué al forastero; pero descubrí que él también se había ido.

Con el corazón ligero, tomé el camino lateral a través del valle que se profundizaba y al que Johann se había opuesto. No había la menor razón, que yo pudiera ver, para su objeción; y me atrevo a decir que caminé durante un par de horas sin pensar en el tiempo o la distancia y ciertamente sin ver a una persona o una casa. Por lo que respecta al lugar, era la desolación misma. Pero no me di cuenta de esto particularmente hasta que, al doblar un recodo del camino, me encontré con una franja de bosque dispersa; entonces reconocí que me había impresionado inconscientemente la desolación de la región por la que había pasado.

Me senté a descansar y me puse a mirar a mi alrededor. Me di cuenta de que hacía mucho más frío que al comienzo de mi caminata; una especie de suspiro parecía estar a mi alrededor con, de vez en cuando, una especie de rugido apagado en lo alto. Mirando hacia arriba, me di cuenta de que grandes y espesas nubes cruzaban rápidamente el cielo de norte a sur a gran altura. Había señales de que se avecinaba una tormenta en algún estrato elevado del aire. Tenía un poco de frío, y, pensando que era el estar quieto después del ejercicio de caminar, reanudé mi camino.

El terreno que atravesé era ahora mucho más pintoresco. No había objetos llamativos que el ojo pudiera destacar, pero en todo había un encanto de belleza. No presté atención al tiempo, y sólo cuando el crepúsculo se hizo más profundo, comencé a pensar en cómo encontrar el camino a casa. El aire era frío, y la deriva de las nubes en lo alto era más marcada. Las nubes estaban acompañadas por una especie de sonido lejano y apresurado, a través del cual parecía llegar a intervalos ese misterioso grito que el conductor había dicho que provenía de un lobo. Durante un rato dudé. Había dicho que vería la aldea desierta, así que seguí adelante y en seguida me encontré con una amplia extensión de terreno abierto, cerrado por colinas a su alrededor. Sus laderas estaban cubiertas de árboles que se extendían hasta la llanura, salpicando en grupos las laderas más suaves y las hondonadas que aparecían aquí y allá. Seguí con la vista el serpenteo del camino y vi que se curvaba cerca de uno de los más densos de estos macizos y se perdía tras él.

Mientras miraba se produjo un escalofrío en el aire, y la nieve comenzó a caer. Pensé en los kilómetros y kilómetros de país desolado que había pasado, y entonces me apresuré a buscar el refugio del bosque de enfrente. El cielo se oscurecía cada vez más, y la nieve caía cada vez más rápido, hasta que la tierra ante mí y a mi alrededor era una reluciente alfombra blanca cuyo borde más lejano se perdía en una brumosa vaguedad. El camino no era aquí más que tosco, y cuando se encontraba en la llanura sus límites no estaban tan marcados como cuando pasaba a través de los cortes; y en poco tiempo me di cuenta de que debía de haberme desviado de él, pues echaba de menos bajo mis pies la dura superficie, y mis pies se hundían más en la hierba y el musgo. Entonces el viento se hizo más fuerte y sopló cada vez con más fuerza, hasta que tuve ganas de correr ante él. El aire se volvió gélido y, a pesar del ejercicio, empecé a sufrir. La nieve caía tan densamente y se arremolinaba a mi alrededor en remolinos tan rápidos que apenas podía mantener los ojos abiertos. De vez en cuando, los cielos se desgarraban por los intensos relámpagos, y en los destellos podía ver delante de mí una gran masa de árboles, principalmente tejos y cipreses, todos fuertemente cubiertos de nieve.

Pronto me encontré al abrigo de los árboles, y allí, en un silencio comparativo, pude oír el ruido del viento en lo alto. En seguida, la negrura de la tormenta se fundió con la oscuridad de la noche. La tormenta parecía estar desapareciendo, y ahora sólo llegaba en ráfagas o ráfagas feroces. En esos momentos, el extraño sonido del lobo parecía tener el eco de muchos sonidos similares a mi alrededor.

De vez en cuando, a través de la negra masa de nubes a la deriva, llegaba un rayo de luz de luna que iluminaba la extensión y me mostraba que estaba al borde de una densa masa de cipreses y tejos. Como la nieve había dejado de caer, salí del refugio y comencé a investigar más de cerca. Me pareció que, entre tantos cimientos viejos como había pasado, podría haber todavía una casa en pie en la que, aunque en ruinas, podría encontrar algún tipo de refugio por un tiempo. Al bordear el bosquecillo, me di cuenta de que lo rodeaba un muro bajo, y al seguirlo encontré una abertura. Allí los cipreses formaban un callejón que conducía a una masa

cuadrada de algún tipo de edificio. Sin embargo, en el momento en que lo vi, las nubes que se desplazaban ocultaron la luna, y pasé por el camino en la oscuridad. El viento debía de ser cada vez más frío, pues sentí que temblaba mientras caminaba; pero había esperanza de cobijo, y avancé a tientas y a ciegas.

Me detuve, pues hubo una repentina quietud. La tormenta había pasado; y, quizás en simpatía con el silencio de la naturaleza, mi corazón pareció dejar de latir. Pero esto fue sólo momentáneo, porque de repente la luz de la luna se abrió paso entre las nubes, mostrándome que estaba en un cementerio y que el objeto cuadrado que tenía ante mí era una gran tumba de mármol, tan blanca como la nieve que había sobre ella y a su alrededor. Con la luz de la luna llegó un feroz suspiro de la tormenta que pareció reanudar su curso con un largo y grave aullido, como el de muchos perros o lobos. Me sentí sobrecogido y conmovido, y sentí que el frío crecía perceptiblemente sobre mí hasta que parecía agarrarme por el corazón. Entonces, mientras el torrente de luz de la luna seguía cayendo sobre la tumba de mármol, la tormenta dio nuevas muestras de renovarse, como si volviera sobre sus pasos. Impulsado por una especie de fascinación, me acerqué al sepulcro para ver qué era y por qué una cosa así se encontraba sola en un lugar así. Lo rodeé y leí, sobre la puerta dórica, en alemán:

CONDESA DOLINGEN DE GRATZ
EN ESTIRRIA
BUSCÓ Y ENCONTRÓ LA MUERTE
1801

En la parte superior de la tumba, aparentemente clavada en el mármol macizo -pues la estructura estaba compuesta por unos vastos bloques de piedra-, había una gran pica o estaca de hierro. Al ir a la parte posterior vi, grabado en grandes letras rusas: "Los muertos viajan rápido".

Había algo tan extraño e inquietante en todo aquello que me dio un vuelco y me hizo sentirme bastante desmayado. Comencé a desear, por primera vez, haber seguido el consejo de Johann. En ese momento me asaltó un pensamiento, que llegó en circunstancias casi misteriosas y con una terrible conmoción. Era la Noche de Walpurgis.

La Noche de Walpurgis era cuando, según la creencia de millones de personas, el diablo estaba en el exterior, cuando se abrían las tumbas y los muertos salían y caminaban. Cuando todas las cosas malignas de la tierra, el aire y el agua se reunían. Este mismo lugar el conductor lo había evitado especialmente. Este era el pueblo despoblado de hace siglos. Este era el lugar del suicidio; y este era el lugar en el que me encontraba solo, sin tripulación, temblando de frío en un manto de nieve y con una tormenta salvaje que se cernía de nuevo sobre mí. Me hizo falta toda mi filosofía, toda la religión que me habían enseñado, todo mi valor, para no derrumbarme en un paroxismo de miedo.

Y ahora un perfecto tornado estalló sobre mí. El suelo temblaba como si miles de caballos tronaran sobre él; y esta vez la tormenta llevaba en sus alas heladas, no nieve, sino grandes piedras de granizo que caían con tal violencia que podrían haber salido de las correas de los honderos baleares; piedras de granizo que derribaban hojas y ramas y hacían que el refugio de los cipreses no sirviera más que si sus tallos fueran maíz en pie. Al principio me precipité hacia el árbol más cercano, pero pronto me apresuré a dejarlo y a buscar el único lugar que parecía ofrecer refugio, la profunda puerta dórica de la tumba de mármol. Allí, acurrucado contra la maciza puerta de bronce, obtuve cierta protección contra los golpes del granizo, ya que ahora sólo se estrellaban contra mí al rebotar en el suelo y en el lateral del mármol.

Cuando me apoyé en la puerta, ésta se movió ligeramente y se abrió hacia dentro. El cobijo de una tumba era bienvenido en aquella despiadada tempestad y estaba a punto de entrar en ella cuando llegó un relámpago bifurcado que iluminó toda la extensión de los cielos. En el instante, como soy un hombre vivo, vi, mientras mis ojos se volvían hacia la oscuridad de la tumba, a una hermosa mujer de mejillas redondeadas y labios rojos, aparentemente dormida en un féretro. Cuando el trueno estalló en lo alto, fui agarrado como por la mano de un gigante y arrojado a la tormenta. Todo fue tan repentino que, antes de que pudiera darme cuenta de la conmoción, tanto moral como física, me encontré con el granizo golpeándome. Al mismo tiempo, tuve la extraña y dominante sensación de que no estaba solo. Miré hacia la tumba. En ese momento se produjo otro

relámpago cegador que pareció golpear la estaca de hierro que coronaba la tumba y atravesar la tierra, dinamitando y desmoronando el mármol, como en un estallido de llamas. La mujer muerta se levantó por un momento de agonía mientras era bañada por las llamas, y su amargo grito de dolor se ahogó en el estruendo. Lo último que oí fue esta mezcla de sonidos espantosos, mientras me agarraba de nuevo el gigante y me arrastraba, mientras el granizo me golpeaba y el aire alrededor parecía reverberar con el aullido de los lobos. Lo último que recordé fue una masa blanca y vaga que se movía, como si todas las tumbas que me rodeaban hubieran enviado los fantasmas de sus muertos cubiertos de sábanas, y que se acercaban a mí a través de la nubosidad blanca del granizo.

Poco a poco, me vino una especie de vago comienzo de conciencia, y luego una sensación de cansancio que era terrible. Durante un tiempo no recordé nada, pero poco a poco recuperé los sentidos. Mis pies parecían estar atormentados por el dolor, pero no podía moverlos. Parecía que estaban entumecidos. Tenía una sensación de hielo en la nuca y en toda la columna vertebral, y mis oídos, al igual que mis pies, estaban muertos y atormentados; pero en mi pecho había una sensación de calor que, en comparación, era deliciosa. Era como una pesadilla, una pesadilla física, si se puede usar tal expresión, pues un peso sobre mi pecho me dificultaba la respiración.

Este período de semiletargo pareció durar mucho tiempo, y cuando se desvaneció debí dormirme o desmayarme. Luego vino una especie de repugnancia, como la primera etapa del mareo, y un deseo salvaje de liberarme de algo, no sabía qué. Me envolvió una gran quietud, como si todo el mundo estuviera dormido o muerto, sólo interrumpida por el jadeo bajo de algún animal cercano a mí. Sentí un cálido escozor en la garganta, y luego tomé conciencia de la terrible verdad que me heló hasta el corazón y me hizo subir la sangre por el cerebro. Un gran animal estaba tendido sobre mí y ahora me lamía la garganta. Temí moverme, pues un instinto de prudencia me obligaba a permanecer inmóvil; pero el animal pareció darse cuenta de que había algún cambio en mí, pues levantó la cabeza. A través de mis pestañas vi por encima de mí los dos

grandes ojos llameantes de un lobo gigantesco. Sus dientes blancos y afilados brillaban en la boca roja y abierta, y pude sentir su aliento caliente, feroz y acre sobre mí.

Durante otro rato no recordé nada más. Luego fui consciente de un gruñido bajo, seguido de un aullido, que se renovó una y otra vez. Luego, aparentemente muy lejos, oí un "¡Hola! ¡Hola!", como si muchas voces llamaran al unísono. Levanté la cabeza con cautela y miré en la dirección del sonido, pero el cementerio me impedía ver. El lobo seguía aullando de una manera extraña, y un resplandor rojo comenzó a moverse alrededor del bosque de cipreses, como si siguiera el sonido. A medida que las voces se acercaban, el lobo aullaba más rápido y más fuerte. Temía hacer algún sonido o movimiento. El resplandor rojo se acercó a la capa blanca que se extendía en la oscuridad a mi alrededor. Entonces, de repente, desde más allá de los árboles, llegó al trote una tropa de jinetes con antorchas. El lobo se levantó de mi pecho y se dirigió al cementerio. Vi a uno de los jinetes (soldados por sus gorras y sus largas capas militares) levantar su carabina y apuntar. Un compañero le golpeó en el brazo y oí cómo la bala pasaba silbando por encima de mi cabeza. Evidentemente había tomado mi cuerpo por el del lobo. Otro avistó al animal mientras se alejaba, y le siguió un disparo. Entonces, al galope, la tropa avanzó, algunos hacia mí, otros siguiendo al lobo mientras desaparecía entre los cipreses cubiertos de nieve.

A medida que se acercaban, intenté moverme, pero no pude hacerlo, aunque podía ver y oír todo lo que ocurría a mi alrededor. Dos o tres de los soldados saltaron de sus caballos y se arrodillaron a mi lado. Uno de ellos me levantó la cabeza y puso su mano sobre mi corazón.

"¡Buenas noticias, camaradas!", gritó. "¡Su corazón aún late!"

Entonces me echaron un poco de brandy por la garganta; eso me dio vigor, y pude abrir los ojos completamente y mirar a mi alrededor. Luces y sombras se movían entre los árboles, y oí que los hombres se llamaban unos a otros. Se juntaron, profiriendo exclamaciones de miedo; y las luces parpadearon cuando los demás salieron del cementerio en tropel, como hombres poseídos. Cuando los más lejanos se acercaron a nosotros, los que estaban a

mi alrededor les preguntaron ansiosamente: "Bueno, ¿lo habéis encontrado?".

La respuesta fue apresurada: "¡No! ¡No! ¡Vengan rápido, rápido! Este no es lugar para quedarse, y precisamente en esta noche".

"¿Qué fue?" fue la pregunta, formulada en todo tipo de claves. La respuesta llegó de forma variada e indefinida, como si los hombres se sintieran movidos por un impulso común de hablar y, sin embargo, estuvieran restringidos por un temor común de dar sus pensamientos.

"¡En efecto!", farfulló uno, cuyo ingenio se había agotado por el momento.

"¡Un lobo... y sin embargo no es un lobo!", dijo otro estremeciéndose.

"Es inútil intentarlo sin la bala sagrada", comentó un tercero de manera más ordinaria.

"¡Nos está bien empleado por haber salido en esta noche! Verdaderamente nos hemos ganado los mil marcos" fueron las jaculatorias de un cuarto.

"Había sangre en el mármol roto", dijo otro después de una pausa, "el rayo nunca llevó eso allí. Y para él, ¿está a salvo? ¡Miren su garganta! Veán camaradas, el lobo se ha echado sobre él y mantiene su sangre caliente".

El oficial miró mi garganta y respondió: "Está bien, la piel no está perforada". ¿Qué significa todo esto? Nunca lo habríamos encontrado de no ser por los aullidos del lobo".

"¿Qué fue de él?", preguntó el hombre que sostenía mi cabeza y que parecía el menos asustado del grupo, pues sus manos estaban firmes y sin temblores. En la manga llevaba el escudo de un suboficial.

"Se fue a casa", respondió el hombre, cuyo largo rostro estaba pálido y que realmente temblaba de terror mientras miraba a su alrededor con temor. "Hay suficientes tumbas en las que puede yacer. Venid, camaradas, ¡venid rápido! Dejemos este lugar maldito".

El oficial me levantó para que me sentara, mientras pronunciaba una palabra de orden; entonces varios hombres me colocaron sobre un caballo. Subió a la silla de montar detrás de mí, me tomó en sus

brazos, dio la orden de avanzar y, volviendo la cara hacia los cipreses, nos alejamos en rápido orden militar.

Sin embargo, mi lengua se negó a cumplir su función, y me vi obligado a callar. Debí de quedarme dormido, porque lo siguiente que recordé fue encontrarme de pie, sostenido por un soldado a cada lado. Era casi plena luz del día, y hacia el norte un rayo de sol rojo se reflejaba como un camino de sangre sobre la nieve. El oficial decía a los hombres que no dijeran nada de lo que habían visto, excepto que habían encontrado a un forastero inglés, custodiado por un gran perro.

"¡Perro! Eso no era un perro", interrumpió el hombre que había mostrado tanto miedo. "Creo que reconozco un lobo cuando lo veo".

El joven oficial respondió con calma: "He dicho un perro".

"¡Perro!", reiteró el otro irónicamente. Era evidente que su coraje aumentaba con el sol; y, señalándome, dijo: "Mira su garganta. ¿Es obra de un perro, maestro?".

Instintivamente me llevé la mano a la garganta, y al tocarla grité de dolor. Los hombres se agolparon para mirar, algunos bajando de sus monturas; y de nuevo llegó la voz tranquila del joven oficial: "Un perro, como he dicho. Si se dijera otra cosa, sólo se reiría de nosotros".

Entonces me montaron detrás de un soldado, y seguimos cabalgando hacia los suburbios de Múnich. Aquí nos encontramos con un carruaje abandonado en el que me subieron, y lo llevaron a las Quatre Saisons; el joven oficial me acompañó, mientras que un soldado lo siguió con su caballo, y los demás se dirigieron a sus cuarteles.

Cuando llegamos, Herr Delbruck bajó tan rápidamente los escalones para recibirme, que era evidente que había estado observando dentro. Me tomó de ambas manos y me hizo entrar solícitamente. El oficial me saludó y se dirigía a retirarse, cuando reconocí su propósito e insistí en que viniera a mis habitaciones. Con una copa de vino le agradecí calurosamente a él y a sus valientes compañeros el haberme salvado. Me contestó simplemente que estaba más que contento, y que Herr Delbruck había tomado las primeras medidas para complacer a todo el grupo

de búsqueda; ante esta ambigua expresión, el maitre del hotel sonrió, mientras el oficial alegaba su deber y se retiraba.

"Pero Herr Delbruck", pregunté, "¿cómo y por qué me buscaron los soldados?".

Se encogió de hombros, como depreciando su propia hazaña, mientras respondía: "Tuve la suerte de obtener un permiso del comandante del regimiento en el que sirvo, para pedir voluntarios."

"¿Pero cómo supo que estaba perdido?" pregunté.

"El conductor vino aquí con los restos de su carruaje, que se había volcado cuando los caballos se escaparon".

"Pero seguramente no enviaría un grupo de búsqueda de soldados sólo por este motivo".

"¡Oh, no!", respondió, "pero incluso antes de que llegara el cochero, tenía este telegrama del Boyardo, cuyo huésped es usted", y sacó de su bolsillo un telegrama que me entregó, y leí:

Bistritz. Tenga cuidado con mi invitado, su seguridad es muy valiosa para mí. Si le ocurriera algo, o si se perdiera, no escatime esfuerzos para encontrarlo y garantizar su seguridad. Es inglés y por lo tanto aventurero. La nieve, los lobos y la noche suelen ser un peligro. No perdáis ni un momento si sospecháis que le ha pasado algo. Respondo a vuestro celo con mi fortuna. -Drácula.

Mientras sostenía el telegrama en la mano, la habitación parecía girar a mi alrededor, y si el atento maitre del hotel no me hubiera atrapado, creo que me habría caído. Había algo tan extraño en todo esto, algo tan extraño e imposible de imaginar, que creció en mí la sensación de ser en cierto modo el deporte de fuerzas opuestas, cuya mera idea vaga parecía en cierto modo paralizarme. Estaba ciertamente bajo alguna forma de protección misteriosa. De un país lejano había llegado, en el momento justo, un mensaje que me sacaba del peligro del sueño de la nieve y de las fauces del lobo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB